

U

artes plásticas

expo 67 : pintura vigente

por Jorge
Alberto Manrique

Para el pabellón mexicano de la exposición internacional que tendrá lugar en Montreal en este año, Fernando Gamboa ha tenido la idea de presentar, aparte de las otras cosas que se llevarán, una gran muestra de la pintura mexicana actual. "Pintura nueva" la llama el mismo Gamboa en la presentación que en el catálogo hace, y por ella entiende, al parecer y aproximadamente, la pintura (y un poco también la escultura) posterior a Tamayo y que escapa del adocenamiento de los epígonos más o menos espurios de los grandes muralistas. En efecto, ésa es la única pintura verdaderamente vigente en México hoy por hoy, para bien o para mal; y presentarla en acontecimientos importantes, dentro y fuera del país, es sin duda lo más natural del mundo; lo contrario sería (y casi podemos decir: era hasta hace poco) lo absurdo. La relativa sanción oficial que para ese arte han sido *Confrontación 66* y *Expo'67* no es, en realidad, más que la aceptación de un hecho consumado (sin que con esto

queramos restar mérito a quienes han participado en la organización de ambos eventos). En el caso de la exposición a que se refiere esta nota (en Bellas Artes, diciembre de 1966-enero de 1967), el experimento tiene otros elementos novedosos que lo hacen más interesante: se han encargado expresamente a los pintores y escultores las obras para la muestra, se les ha comprado una de ellas, se les han dado materiales y especificaciones de tamaño en relación con los espacios previamente determinados en la estructura arquitectónica del pabellón de México en Canadá. 35 cuadros se exhibirán en Montreal, y posteriormente, con todo lo expuesto en Bellas Artes (75 obras según la introducción del catálogo, 85 según la minuta del mismo) se hará una exposición que recorrerá "muchos países de Europa, Asia y América". Con lo que queda dicho puede comprenderse el interés del evento y la importancia de la muestra, en la que participan la mayoría de los mejores artistas mexicanos o que trabajan en México.

Pero al referirnos concretamente a lo expuesto en los muros de Bellas Artes debemos decir que, salvo algunas notables excepciones, el espectador queda más bien desilusionado y tristemente sorprendido por lo opaco que el conjunto resulta. A distancia de apenas unos ocho meses de *Confrontación 66*, exposición magnífica que permitió ver el alto nivel del arte que se está haciendo en México, que consiguió reu-

nir un conjunto importantísimo de obras, *Expo'67* viene a ser (siempre dentro de los límites decorosos de dignidad) el reverso de la medalla. Lo curioso es que la mayoría de los más destacados artistas participaron en ambas exposiciones, y que varios de ellos han demostrado a saciedad su indiscutible calidad. ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿A pesar de lo interesante de la idea no fue ésta llevada a cabo con suficiente cuidado? ¿Los tres meses de plazo —septiembre a noviembre de 66 no fueron bastantes para que los artistas trabajaran con suficiente tranquilidad? ¿Las especificaciones previas los hicieron sentirse incómodos? Adivínelo Vargas. El hecho es que pocos cuadros llegan a tener la calidad que de sus autores podía esperarse; que después de recorrer la exposición queda una sensación poco relevante. Y es lástima, desde luego, si pensamos la difusión que el conjunto de obras tendrá, lástima por lo que pudiéramos llamar el prestigio de la pintura mexicana, y lástima, sobre todo, por el prestigio de muchos de los artistas.

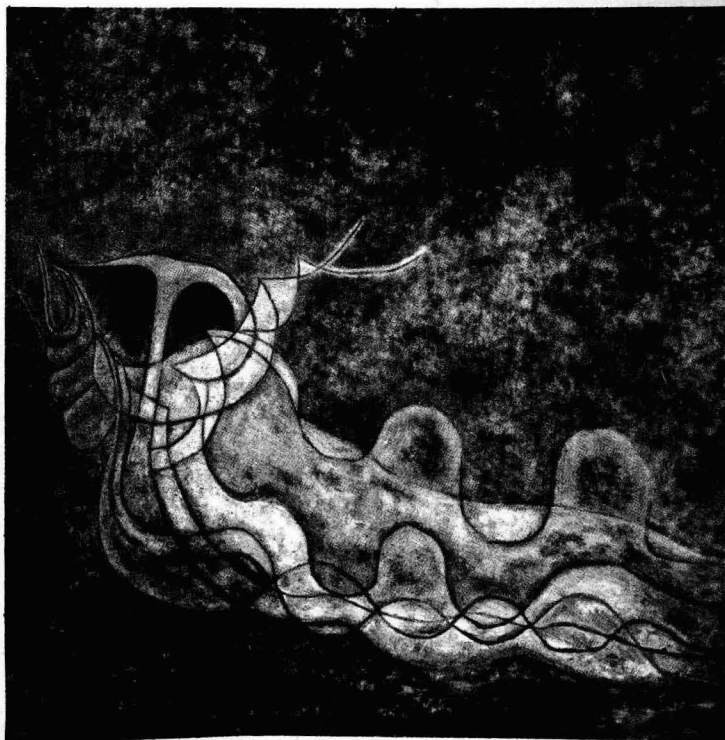
No están todos los que son ni son todos los que están. En realidad, no vale la pena decir esto: ¿qué exposición de grandes dimensiones no está en una situación parecida? Pero si hablar de los sobrantes es un poco obvio, no pueden dejar de sentirse ciertos huecos lamentables, como el de Pedro Coronel (un aviso dice que él y otros pintores no tuvieron tiempo para aceptar el compromiso), o

como el de Kiyoshi Takahashi (¡habiendo tan pocos escultores en México!).

Entre lo más relevante de la exposición está sin duda la obra de Juan Soriano, siempre sorpresivo, siempre sorprendente, tal vez el más joven de los pintores jóvenes, aunque lo vistan de Bautista. Tres cuadros musicales llenos de una inmensa ternura, y cinco estupendas esculturas en cerámica; Soriano ha encontrado la monumentalidad de la arcilla, le ha tomado la medida al horno, y se mueve con los volúmenes y los colores como un pez en el agua; nada le está vedado y tiene el valor de no detenerse ante nada; toda ocurrencia para él tiene una equivalencia plástica y todo elemento plástico es una ocurrencia; gran mago entre muchos aprendices de brujo, parece que nunca llegará a la mayoría de edad: sus pinturas y sus esculturas son suficientes para dar dignidad a cualquier exposición. Al fondo de una sala, un gran cuadro de Toledo, que asusta un poco por sus dimensiones pero que es una maravilla de imaginación y de calidad pictórica. Tantos mundos tiene detrás de él Pancho Toledo, que nos puede seguir prestando un poco de cualquiera de los que tiene más a mano, y con eso podemos darnos por contentos.

Mientras los cuadros de Coen y de López Loza, sin ser aquellos por los que sus autores pasarán a la inmortalidad sí están en consonancia con las cualidades de estos dos artistas (el lirismo colorístico del primero y la paciente búsqueda —paciente pero a veces rayana en lo brutal— del segundo), no puede uno no sentirse triste ante la opacidad y la falta de enjundia de los cuadros que presentó Rojo, tan lejos de aquellos estupendos que vimos en *Confrontación* y de muchos de los de su última exposición personal; lejos, nos parece, de las capacidades de uno de los artistas más firmes de México.

Los pequeños cuadros de Nieto no están a la altura de su calidad, e incluso se antojan un poco desorientados (a menos que seamos nos-



Juan Soriano